

LA CHICA EN LA NIEBLA

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE DONATO CARRISI
EN DUOMO:

El cazador de la oscuridad

**DONATO
CARRISI**

LA CHICA EN LA NIEBLA

Traducción de Maribel Campmany



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2017

Título original: *La ragazza nella nebbia*

© 2015, Donato Carrisi

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2017, de la traducción: Maribel Campmany

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634583

CÓDIGO IBIC: FA

DL B-8851-2017

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Antonio.
Mi hijo, mi todo.

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre empezó con el timbre de un teléfono.

La llamada se recibió a las diez y veinte. Era un lunes por la noche, fuera había ocho grados bajo cero y una niebla helada lo engullía todo. A esa hora, Flores se encontraba al calor del lecho al lado de su mujer, disfrutando de una vieja película de gánsteres en blanco y negro en la televisión. En realidad, Sophia llevaba ya un rato durmiendo y la llamada no pareció turbar su sueño. Ni siquiera se dio cuenta de que su marido se levantaba y se vestía.

Flores se puso un pantalón forrado, un jersey de cuello alto y el chaquetón grueso para afrontar la maldita neblina que parecía haber borrado la creación, y se apresuró a llegar al pequeño hospital de Avechot donde, desde hacía ya cuarenta de sus sesenta y dos años, desempeñaba la profesión de psiquiatra. En todo ese tiempo pocas veces había ocurrido que alguien lo sacara de la cama por una urgencia, y menos aún la policía. En el pueblo de los Alpes donde había nacido y siempre

había vivido, a partir de que se ponía el sol no sucedía casi nada. Era como si en esas latitudes los criminales prefirieran llevar una vida moderada, que prescribía recogerse sistemáticamente en casa cada noche. Por eso Flores se preguntaba el motivo por el que era necesaria su presencia a esa hora insólita.

La única información que la policía le había proporcionado por teléfono se refería a la detención de un hombre después de un accidente de tráfico. Nada más.

Por la tarde había dejado de nevar, pero esa noche el frío había ido en aumento. Flores salió de casa y fue acogido por un silencio innatural. Todo estaba quieto, inmóvil. Incluso el tiempo parecía haberse detenido. El psiquiatra sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura exterior, sino que le llegaba desde dentro. Puso en marcha el viejo Citroën y esperó unos segundos a que el motor diésel se calentara un poco antes de ponerse en camino. Necesitaba su sonido para romper la monotonía de esa paz amenazadora.

El asfalto estaba helado, pero fue sobre todo la niebla lo que lo obligó a circular a menos de veinte kilómetros por hora, conduciendo con ambas manos firmemente aferradas al volante, la espalda inclinada hacia delante y el rostro a pocos centímetros del parabrisas para intentar distinguir mejor los márgenes de la carretera. Por suerte se conocía tan bien el camino que su mente era capaz de anticiparse a los ojos sugiriéndoles hacia dónde ir.

Al llegar a la altura del desvío, eligió la dirección que llevaba al centro de la población y fue entonces cuando

se fijó en algo en el manto lechoso. Avanzó y tuvo la sensación de que todo se ralentizaba, como en un sueño. De las profundidades del manto blanquecino aparecieron unos destellos brillantes, intermitentes. Parecía que fueran a su encuentro; en cambio, era él quien se dirigía hacia ellos. Una figura humana emergió de la niebla. Hacía extraños y amplios gestos con los brazos. A medida que se acercaba, Flores se dio cuenta de que se trataba de un policía que estaba allí con el fin de advertir a los coches que pasaban que prestaran atención. El psiquiatra pasó por su lado y ambos se saludaron fugazmente. A la espalda del agente, los destellos brillantes se convirtieron en los intermitentes de un coche patrulla y, principalmente, en las luces posteriores de un sedán oscuro que había ido a parar a una acequia, fuera de la carretera.

Poco después, Flores entró en el pueblo. Estaba desierto.

Las farolas amarillentas del alumbrado público parecían espejismos en medio de la bruma. Atravesó todo el centro habitado hasta llegar a su destino.

En el pequeño hospital de Avechot se respiraba una extraña ebullición. En cuanto Flores cruzó el umbral fueron a su encuentro un teniente de la policía local y Rebecca Mayer, una joven fiscal muy bien considerada en los últimos tiempos. Parecía preocupada. Mientras el psiquiatra se quitaba el grueso chaquetón, ella lo puso al corriente de la identidad del inesperado huésped de esa noche.

–Vogel –fue lo único que dijo.

Al oír pronunciar el nombre, Flores comprendió el porqué de tanta inquietud. Era la noche en que todo cam-

bió para siempre, pero en ese momento él aún no lo sabía. Por eso no acababa de entender cuál era su papel en ese asunto.

–¿Qué tengo que hacer exactamente? –preguntó.

–Los médicos de urgencias dicen que está bien. Pero parece confuso, tal vez a causa de la conmoción por el accidente.

–Pero usted no está segura, ¿no es así? –Flores había dado en el clavo; de hecho, Mayer no respondió—. ¿Está catatónico?

–No, interactúa cuando se lo estimula. Pero tiene cambios bruscos de humor.

–Y no recuerda nada de lo sucedido –dijo Flores, terminando él mismo la historia clínica.

–Recuerda el accidente. Pero a nosotros nos interesa el antes: es necesario que sepamos lo que ha ocurrido esta noche.

–Así pues, según usted, está fingiendo –concluyó el psiquiatra.

–Me temo que sí. Y aquí es donde usted entra en juego, doctor.

–¿Qué se espera de mí, señora fiscal?

–No hay elementos suficientes para incriminarlo y él lo sabe, por eso usted debe decirme si es mentalmente competente.

–Y si así fuera, ¿qué le ocurrirá?

–Podré formular una acusación y proceder a un interrogatorio formal sin el temor de que algún abogado lo impugne en el juicio sirviéndose de un estúpido tecnicismo.

–Pero... Vosotros me habéis dicho que el accidente

no ha causado víctimas, ¿no? Entonces, disculpe, pero ¿por qué debería incriminarlo?

Mayer se quedó callada un momento.

—Lo entenderá cuando lo tenga delante.

Lo hicieron pasar a su consulta. Al abrir la puerta, Flores vislumbró en seguida la figura del hombre sentado en uno de los asientos situados frente al escritorio lleno de papeles. Llevaba un abrigo oscuro de cachemir y tenía la espalda encorvada, ni siquiera pareció darse cuenta de que había entrado alguien.

Flores colgó el chaquetón en el perchero y se masajeó las manos todavía ateridas por el frío.

—Buenas noches —dijo, dirigiéndose hacia el radiador para cerciorarse de que estuviera encendido. En realidad, era sólo un pretexto para situarse frente al hombre y comprobar en qué condiciones estaba y, más que nada, para comprender el sentido de las palabras de Mayer.

Bajo el abrigo, Vogel vestía de manera elegante: traje gris oscuro, corbata de seda azul pálido con pequeños motivos florales, un pañuelo amarillo en el bolsillito de la americana, camisa blanca y gemelos de oro rosa de forma ovalada. Sólo que ofrecía un aspecto deslucido, como si hiciera semanas que llevara puesta esa ropa.

Vogel levantó un instante los ojos hacia él, sin responder al saludo. Luego la mirada volvió a posarse en las manos abandonadas sobre el regazo.

El psiquiatra se preguntó sobre la extraña broma de la suerte que había decidido ponerlos el uno frente al otro.

–¿Hace mucho que está aquí? –empezó a decir.

–¿Y usted?

Flores se rio de su salida, pero el otro permaneció serio.

–Más o menos cuarenta años –contestó. Con el tiempo, la habitación se había ido ornamentando con objetos y muebles, hasta quedar repleta de ellos. El psiquiatra era consciente de que a un observador externo el conjunto podía parecerle cacofónico—. ¿Ve ese viejo diván? Lo heredé de mi antecesor, mientras que el escritorio lo escogí personalmente.

Sobre la mesa había fotografías enmarcadas de su familia. Vogel cogió una y la observó sosteniéndola entre las manos. Se veía a Flores rodeado de su numerosa descendencia un día de verano mientras hacían una barbacoa en el jardín.

–Bonita familia –comentó con un vago interés.

–Tres hijos y once nietos. –Flores le tenía mucho cariño a esa imagen.

Vogel volvió a poner el marco en su sitio y empezó a mirar a su alrededor. En las paredes, además del título, los reconocimientos recibidos y los dibujos que le regalaban sus nietos, estaban los trofeos de los que el psiquiatra se sentía más orgulloso.

Practicaba la pesca deportiva y tenía numerosos ejemplares de peces disecados en la consulta, expuestos de manera ostensible.

–Cuando puedo, lo dejo todo y me voy a un lago o a un arroyo en la montaña. –Dijo Flores—. Así me siento en paz con el creador.

–En una esquina había un armario con cañas y una

caja que contenía anzuelos, cebos, sedales y todo lo necesario. Con el tiempo, la habitación había acabado por no parecerse en absoluto a la consulta de un psiquiatra. Se había convertido en su refugio, un lugar sólo para él, y le apenaba pensar que al cabo de unos meses se jubilaría y tendría que vaciarlo y llevarse todas sus cosas.

Entre las muchas historias que esas paredes podían contar, ahora se añadía la de una visita imprevista una noche de invierno a horas intempestivas.

—Todavía no puedo creer que esté usted aquí —reconoció el psiquiatra un poco avergonzado—. Mi mujer y yo lo hemos visto muchísimas veces en la tele. Es usted una celebridad.

El hombre simplemente asintió. Parecía encontrarse realmente en un estado de confusión, o tal vez fuera un excelente actor.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Estoy bien —confirmó Vogel con un hilo de voz.

Flores se apartó del radiador y se situó detrás del escritorio, en el sillón que con los años había asimilado sus formas.

—Ha tenido suerte, ¿lo sabe? Antes he pasado junto al lugar del accidente: se ha salido de la carretera por el lado adecuado. Hay una acequia bastante profunda, pero al otro lado hay un barranco.

—La niebla —dijo el huésped.

—Ya —convino Flores—. Niebla helada, no se ve a menudo. He tardado veinte minutos en llegar, cuando normalmente en coche, desde mi casa, empleo apenas diez. —A continuación colocó ambos codos en los apoyabrazos del sillón y se dejó caer sobre el respaldo—. Todavía

no nos hemos presentado: soy el doctor Auguste Flores. Dígame, ¿cómo debo llamarlo? ¿Agente especial o señor Vogel?

El hombre pareció pensarlo fugazmente.

–Elija usted.

–Yo creo que un policía nunca pierde su graduación, incluso cuando deja de dedicarse a su profesión. Por eso, para mí, usted sigue siendo el agente especial Vogel.

–Si lo prefiere así...

En la mente de Flores se concentraban decenas de preguntas, pero sabía que tenía que elegir las adecuadas para empezar.

–Francamente, no me esperaba verlo de nuevo por estas tierras, creía que hacía tiempo que había regresado a la ciudad después de lo sucedido. ¿Por qué ha vuelto?

El agente especial Vogel se pasó lentamente las manos por los pantalones, como si quisiera quitar una mota de polvo inexistente.

–No lo sé...

No añadió más y Flores se limitó a asentir.

–Entiendo. ¿Ha venido solo?

–Sí –contestó Vogel, y por su expresión se intuía que no entendía bien el sentido de la pregunta–. Estoy solo –confirmó.

–¿Su presencia aquí tiene algo que ver tal vez con la historia de la chica desaparecida? –aventuró Flores–. Porque me parece recordar que usted ya no tiene ninguna autoridad sobre el caso.

La frase pareció despertar algo en el hombre que, sacudido por lo que a Flores le pareció un arrebató de orgullo, rebatió molesto:

–¿Se puede saber por qué me retienen? ¿Qué quiere de mí la policía? ¿Por qué no puedo marcharme?

Flores intentó recurrir a toda su proverbial paciencia.

–Agente especial Vogel, esta noche ha tenido usted un accidente.

–Eso ya lo sé –contestó el otro, furioso.

–Y viajaba solo, ¿es exacto?

–Se lo acabo de decir.

Entre tanto, Flores abrió un cajón del escritorio, cogió un pequeño espejo y lo situó delante de Vogel, que pareció no hacerle caso.

–Y no ha tenido consecuencias. Está ileso.

–Estoy bien, ¿cuántas veces quiere que lo repita?

El psiquiatra se inclinó hacia él.

–Entonces explíqueme una cosa... Si usted está indemne, ¿a quién pertenece la sangre que hay en su ropa?

Vogel, de repente, no supo qué decir. La rabia se evaporó y sus ojos se posaron en el espejo que Flores le había puesto delante.

Sólo así las vio.

Pequeñas manchas rojas en los puños de la camisa blanca. Un par más grandes en el estómago. Algunas más oscuras se confundían con el color del traje y del abrigo, pero por la consistencia más espesa se intuían los cercos. Y fue como si el agente especial las viera por primera vez. Aunque una parte de él ya sabía que estaban allí, Flores lo captó en seguida. Porque Vogel tampoco se sorprendió demasiado, ni se apresuró a negar que supiera el motivo de su presencia.

En sus ojos apareció una luz nueva y su estado de confusión empezó a despejarse como ocurre con la nie-

bla. Mientras tanto, la que se cernía sobre el mundo, al otro lado de la ventana de la consulta, seguía igual.

La noche en que todo cambió para siempre había empezado hacía muy poco. Vogel miró a Flores directamente a las pupilas, repentinamente lúcido.

–Tiene razón –dijo–. Creo que debo darle una explicación.

25 de diciembre

Dos días después de la desaparición

Los bosques de abetos descendían por las laderas de las montañas como un ejército ordenado que se disponía a invadir el valle. El valle era largo y estrecho como una antigua cicatriz y por el centro discurría un río. El río era de un verde intenso, a veces plácido; otras, iracundo.

Avechot estaba justo allí, en medio de todo el escenario.

Un pueblo alpino, a pocos kilómetros de la frontera. Casas con tejados inclinados, la iglesia con el campanario, el ayuntamiento, la comisaría de policía, un pequeño hospital. Un recinto escolar, algún bar y la pista de hielo.

Los bosques, el valle, el río, el pueblo. Y una monstruosa planta de extracción de minerales como si se tratara de un ultraje futurista al pasado y a la naturaleza de esos lugares.

Había una cafetería algo apartada del centro urbano, en la nacional.

Por la cristalera se veía la carretera y el surtidor de gasolina. Destacaba un cartel luminoso que deseaba «Feli-

ces Fiestas» a los automovilistas que pasaban. Desde el interior del local, sin embargo, las letras estaban al revés y resultaba una especie de jeroglífico incomprensible.

En el restaurante, una treintena de mesas de fórmica azul, algunas escondidas en reservados pegados a las paredes. Estaban todas puestas, pero había sólo una ocupada. La más centrada.

El agente especial Vogel estaba solo, tomando un desayuno de huevos y beicon ahumado. Llevaba un traje gris plomizo, con un chaleco verde musgo y una corbata azul oscuro, y no se había quitado el abrigo de cachemir ni siquiera para comer. Mantenía la espalda erguida y la mirada fija en una libretita negra en la que tomaba apuntes con una elegante estilográfica de plata que a veces dejaba sobre la mesa para coger un bocado con el tenedor. Alternaba los gestos a intervalos precisos, respetando diligentemente una especie de ritmo interior.

El anciano dueño llevaba un delantal manchado de grasa encima de una camisa de leñador de cuadros rojos y negros con las mangas remangadas hasta los codos. Dejó la barra para acercarse con una jarra de café recién hecho.

—Fíjese en que hoy ni siquiera quería abrir. Me he dicho: ¿quién quieres que venga aquí la mañana de Navidad? En cambio, hasta hace unos años, estaba lleno de turistas, familias con niños... Pero desde que encontraron esa mierda fluorescente todo cambió. —El hombre pronunció la frase como si añorara una época feliz y lejana que ya nunca volvería.

Hasta hacía unos pocos años, la vida transcurría placidamente en Avechot. La gente vivía del turismo y de la artesanía a pequeña escala. Pero un día, alguien llegado

de fuera predijo que bajo las montañas podía esconderse un considerable yacimiento de fluorita.

Efectivamente, consideró Vogel. El viejo tenía razón: desde entonces todo había cambiado. Llegó una multinacional y compró las concesiones de los terrenos que estaban sobre el yacimiento pagando generosamente a los diversos propietarios. Muchos se hicieron ricos de la noche a la mañana. Y quien no tuvo la suerte de poseer una de las parcelas, se empobreció de golpe porque los turistas desaparecieron.

—A lo mejor tendría que decidirme a vender este sitio y retirarme —siguió diciendo el hombre. Luego, sacudiendo la cabeza contrariado, vertió el café en la taza de Vogel, si bien éste no se lo había pedido—. Cuando lo he visto entrar he pensado que era uno de esos vendedores que de vez en cuando intentan colocarme sus artículos de pacotilla. Luego he caído en la cuenta... Está aquí por la niña, ¿verdad? —Con un gesto casi imperceptible de la cabeza señaló la octavilla colgada en la pared, al lado de la puerta.

Se veía impresa la foto sonriente de una adolescente pelirroja y con pecas. Un nombre, Anna Lou. Y una pregunta: «¿Me has visto?», seguida de un número de teléfono y algunas líneas de texto.

Vogel se fijó en que el viejo intentaba echar una mirada a su libretita negra, de modo que la cerró. Luego dejó el tenedor en el plato.

—¿La conoce?

—Conozco a la familia. Son buena gente. —El hombre se acercó una de las sillas de la mesa y se sentó frente al policía—. Según usted, ¿qué le ha pasado?

Vogel se llevó la mano a la barbilla. ¿Cuántas veces le habían hecho esa pregunta? Siempre era la misma historia. Parecían sinceramente preocupados, o se esforzaban por parecerlo, pero al final sólo se trataba de curiosidad. Morbosa, interesada, despiadada curiosidad.

–Veinticuatro –dijo. El hombre del restaurante no pareció comprender el sentido de la respuesta, pero Vogel se anticipó a una posible petición de que lo aclarara–. Veinticuatro horas son las que, de media, los adolescentes que se escapan de casa resisten con el móvil apagado. Luego necesitan llamar a un amigo o entrar en Internet para ver si están hablando de ellos, así se los localiza. De un modo u otro, la mayoría regresa después de cuarenta y ocho horas... Por eso, si no se da con sorpresas desagradables y no se produce ningún accidente, puede decirse que hasta los dos días después de la desaparición existe una posibilidad real de que al final las cosas acaben bien.

El hombre, por un momento, pareció desconcertado.

–¿Y después qué sucede?

–Después, generalmente, me llaman a mí.

El agente especial se levantó, metió una mano en el bolsillo y dejó caer un billete de veinte sobre la mesa para pagar el desayuno. A continuación, se alejó hacia la salida, pero antes de cruzar el umbral se volvió de nuevo hacia el dueño del restaurante.

–Hágame caso: no venda este lugar. Dentro de poco volverá a estar lleno de gente.

Fuera, el día era frío, pero el cielo estaba despejado y un brillante sol invernal lo iluminaba todo. De vez en

cuando pasaba un TIR por la nacional y la corriente de aire movía los faldones del abrigo de Vogel. El agente especial permanecía inmóvil, con ambas manos metidas en los bolsillos, en la explanada que había frente a la cafetería, al lado de la gasolinera. Miraba hacia arriba.

A su espalda apareció un joven de unos treinta años. También él llevaba traje, corbata y un abrigo oscuro, pero no de cachemir. Tenía el pelo claro peinado con la raya a un lado y ojos cerúleos. Se le veía cara de buen chico.

–Hola –dijo, pero su saludo se quedó sin respuesta–. Soy el agente Borghi –prosiguió, aun así–. Me han dicho que viniera a recogerlo.

Vogel no le prestó atención y siguió contemplando el cielo.

–La sesión informativa empezará dentro de media hora. Estarán todos, como había pedido.

Dicho esto, Borghi se inclinó hacia delante y comprendió que su superior, en realidad, estaba observando algo que había en la marquesina del surtidor de carburante.

Una cámara de seguridad apuntaba en dirección a la nacional.

Vogel finalmente se volvió hacia él.

–Esta carretera es el único acceso al valle, ¿verdad?

Borghi ni siquiera tuvo que pensarlo.

–Sí, señor. No hay otro modo de llegar o marcharse: lo atraviesa por entero.

–Bien –dijo Vogel–. Entonces lléveme al otro extremo.

El agente especial se dirigió a paso ligero hacia el anónimo sedán oscuro en el que el otro había ido a recogerlo. Borghi titubeó un momento, luego lo siguió.

Unos minutos más tarde se encontraban encima del puente que, pasando por encima del río, conducía al valle limítrofe. El joven policía esperaba en el exterior del coche aparcado en el arcén de la carretera mientras Vogel, a unos metros de distancia, repetía la escena de poco antes, esta vez observando una cámara de control de tráfico colocada en un poste al lado de la calzada, con los vehículos circulando a su lado y los conductores tocando el claxon para protestar. Pero Vogel no se inmutaba y siguió impertérrito con lo que estaba haciendo. Fuera lo que fuese, para Borghi la situación era no sólo incomprensible, sino también paradójica.

Cuando tuvo suficiente, el agente especial regresó al coche.

–Vamos a ver a los padres de la niña –dijo, y subió a bordo sin esperar la respuesta de Borghi, que miró su reloj y, resignado, se puso de nuevo al volante.

–Anna Lou nunca ha dado problemas –afirmó Maria Kastner con determinación. La madre de la chica era una mujer menuda que, sin embargo, irradiaba una fortaleza especial. Estaba sentada en el sofá al lado de su marido, un hombre robusto pero de aspecto inofensivo, en el salón de la casita de dos plantas en que vivían. Los dos iban todavía en pijama y bata, y se cogían de la mano.

Había un olor dulzón, de comida casera y ambientador. Vogel no lo soportaba. El agente especial estaba sentado en un sillón; Borghi, en una silla, más apartado. Entre ellos y la pareja de cónyuges había una mesita con

unas tazas de café que pronto estaría frío, ya que ninguno parecía tener intención de tomárselo.

En la habitación había un árbol adornado, bajo el cual dos gemelos de siete años jugaban con los regalos que acababan de abrir.

Un paquete, con un bonito lazo rojo, seguía intacto.

La mujer interceptó por un instante la mirada de Vogel.

–Hemos querido que los niños celebraran el nacimiento de Jesús a pesar de todo, para distraerlos de la situación –se justificó.

La «situación» era que su hija mayor, de dieciséis años, la única chica, llevaba casi dos días desaparecida. Salió de casa una tarde de invierno, hacia las cinco, para ir a una reunión en la iglesia a pocos centenares de metros.

Nunca llegó allí.

Anna Lou recorrió un breve trayecto en un barrio residencial de casas todas iguales –villas unifamiliares con jardín– y donde todo el mundo se conocía desde siempre.

Pero nadie vio ni oyó nada.

La alarma saltó hacia las siete, cuando la madre vio que no volvía a casa y la llamó inútilmente al móvil, que daba señal de apagado. Dos largas horas en que podía haberle ocurrido cualquier cosa. La búsqueda se llevó a cabo durante toda la tarde, pero el sentido común aconsejó suspenderla para retomarla con luz de día. Además, la policía local no tenía medios para llevar a cabo una investigación peinando el terreno.

Por el momento no había ninguna teoría sobre los motivos de su desaparición.

Vogel volvió a observar en silencio a esos dos padres con ojeras marcadas por un insomnio que en las siguientes semanas les haría envejecer rápidamente y que, de momento, sólo había empezado a dejar su rastro en ellos.

–Nuestra hija siempre ha sido responsable, desde pequeña –prosiguió la mujer–. No sé cómo explicarlo..., pero nunca hemos tenido que preocuparnos por ella: se ha criado sola. Echa una mano en casa, cuida de sus hermanos. En la escuela, los profesores están contentos. Hace poco empezó a hacer de catequista en nuestra congregación.

El salón estaba decorado modestamente. Nada más entrar, Vogel se había fijado en la presencia de numerosos objetos que demostraban una profunda fe. En las paredes había cuadros con imágenes sagradas y escenas sacadas de la Biblia y los Evangelios. Jesús era el protagonista, también en forma de estatuilla de plástico o de yeso, aunque la Virgen María tampoco se quedaba atrás. Y había una vasta sucesión de santos. Un crucifijo de madera estaba colocado encima del televisor.

Por la sala también había marcos con fotos familiares. En muchas de ellas aparecía una chica pelirroja y con pecas.

Anna Lou era la versión femenina de su padre.

Y siempre se la veía sonriente: el día de la primera comunión, en la montaña junto a sus hermanos, con los patines al hombro en la pista de hielo mientras mostraba orgullosa una medalla al finalizar una competición.

Vogel sabía que ese salón, esas paredes, esa casa, ya no volverían a ser los mismos. Estaban llenos de recuerdos que pronto empezarían a hacer daño.

–No vamos a quitar el árbol de Navidad hasta que

nuestra hija vuelva a casa –anunció Maria Kastner casi con orgullo–. Se quedará encendido para que se vea bien por la ventana.

Vogel pensó en lo absurda que era esa iniciativa, especialmente en los meses siguientes. Un árbol de Navidad usado como un faro para indicar el camino a casa a alguien que no iba a regresar nunca. Porque el riesgo real era precisamente ése, sólo que los padres de Anna Lou todavía no se daban cuenta. Esa luz festiva señalaría a todos los de allí fuera que entre aquellas paredes se estaba viviendo un drama. Se convertiría en una presencia molesta. La gente, los vecinos, no podrían ignorar el árbol y lo que significaba, es más, con el tiempo incluso les molestaría. Al pasar por delante de la casa cambiarían de acera sólo para evitar verlo. Ese símbolo alejaría a todo el mundo de los Kastner y aumentaría su soledad. «Porque el peaje para que la gente pueda seguir con su vida es la indiferencia», recordó Vogel.

–Dicen que un acto de rebeldía, un arrebato, es normal a los dieciséis años –afirmó Maria, pero luego sacudió la cabeza con decisión–. Mi hija no.

Vogel asintió porque, aun sin tener pruebas, estaba de acuerdo con ella. No se trataba simplemente de darle la razón a una madre que intentaba absolverse, principalmente a sí misma y a su papel como madre, jurando sobre la integridad de su niña. El agente especial estaba realmente convencido de que tenía razón. Lo demostraba el rostro de Anna Lou que lo observaba sonriente desde cada esquina de la sala. Su apariencia sencilla, casi infantil, le decía que a la fuerza debía de haberle ocurrido algo. Y que ese algo había tenido lugar contra su voluntad.

–Tenemos un vínculo estrecho, se me parece mucho. Esto lo hizo para mí, me lo regaló hace una semana... –La mujer mostró al policía una pulsera de perlitas de colores que llevaba en la muñeca–. Últimamente le encantan. Las hace ella y se las regala a las personas a las que quiere.

Vogel notó que contaba esos detalles, insignificantes para la investigación, sin que la voz o la mirada reflejaran ninguna conmoción. Pero no era frialdad. El agente especial comprendió de qué se trataba en realidad. La mujer estaba convencida de que era una «prueba», una especie de examen al que todos ellos se sometían en ese dramático trance para poder demostrar que su fe seguía siendo sólida e inalterable. Por eso, en el fondo, aceptaba lo que estaba sucediendo limitándose a refutar su injusticia, con la esperanza de que alguien allí arriba, tal vez Dios en persona, pusiera pronto remedio.

–Anna Lou confiaba en mí, pero una madre tiene en cuenta que no lo sabe todo de sus hijos. Ayer, mientras arreglaba su habitación, encontré esto... –La mujer dejó por un instante la mano de su marido para pasarle a Vogel el diario con tapas de colores que tenía a su lado.

El agente especial se inclinó hacia el otro lado de la mesita para cogerlo. En la portada había dos tiernos gatitos hechos un ovillo. Empezó a hojearlo distraídamente.

–Ahí dentro no encontrará nada que haga presagiar esto –dijo la mujer.

Vogel, en cambio, cerró el diario y sacó del bolsillo interior del abrigo la estilográfica y la libretita negra.

–Me imagino que están al tanto de con quién se relacionaba su hija...

–Por supuesto –dijo Maria Kastner con una pizca de indignación por la pregunta.

–¿Anna Lou ha conocido a alguien últimamente? Un nuevo amigo o amiga, por ejemplo.

–No.

–¿Están completamente seguros de ello?

–Sí –afirmó la mujer–. Me lo habría dicho.

Poco antes había admitido que una madre no podía saberlo todo de sus hijos y ahora alardeaba de estar segura. Era típico de los padres en los casos de desaparición, recordó Vogel. «Quieren echar una mano, pero también saben que en parte son responsables, por lo menos de falta de atención hacia sus hijos. Y cuando intentas plantear el asunto, emerge el instinto de defenderse, incluso a costa de negar la evidencia». Y Maria Kastner ya empezaba a dar el perfil. Pero el agente especial necesitaba saber más.

–¿Han notado algún comportamiento anómalo últimamente?

–¿A qué se refiere con anómalo?

–Ya saben cómo son los chicos, ¿no? A partir de pequeñas señales se pueden adivinar muchas cosas. ¿Dormía bien? ¿Comía regularmente? ¿Su humor había cambiado? ¿Estaba más introvertida, arisca, o su actitud era distinta a la de antes?

–Era la Anna Lou de siempre. Conozco a mi hija, agente Vogel, sé cuando algo no funciona.

La niña tenía un teléfono móvil. Por lo que Vogel sabía, era un modelo antiguo, no un *smartphone*.

–¿Su hija navegaba por Internet?

Los dos padres se miraron.

–Nuestra congregación desaconseja promover el uso de algunas tecnologías. Internet está lleno de insidias, agente Vogel. Ideas erróneas que pueden comprometer la educación de un buen cristiano –dijo Maria–. De todos modos, nunca hemos prohibido nada a nuestra hija; lo eligió ella.

«Claro, cómo no», se dijo Vogel. Aunque había una cosa en que la mujer estaba en lo cierto. Normalmente el peligro procedía de la Red. Adolescentes sensibles como Anna Lou eran fácilmente impresionables. En Internet había cazadores, muy hábiles a la hora de manipular las mentes más vulnerables y de colarse en sus vidas. Hacían que las defensas fueran cayendo poco a poco, invertían las relaciones de confianza y conseguían reemplazar a los padres más estrictos, controlando a distancia al menor hasta conseguir que hiciera lo que querían. En este sentido, Anna Lou Kastner era una presa perfecta. Tal vez la niña sólo había cumplido la voluntad de sus padres en apariencia, pero quizá entrara en Internet conectándose en otro sitio, en el colegio o en la biblioteca. Tendrían que comprobarlo. Pero de momento tenía otros pormenores en los que profundizar.

–Son los afortunados del pueblo que vendieron las concesiones a la compañía minera, ¿es correcto?

La pregunta iba dirigida a Bruno Kastner, pero una vez más fue la mujer quien intervino.

–Mi padre nos dejó un terreno, arriba, en el norte. Quién se imaginaba que valía tanto... Entregamos una parte del dinero a la congregación y acabamos de pagar la hipoteca de esta casa. El resto lo pusimos en un fondo para nuestros hijos.

Debía de tratarse de una bonita cantidad, consideró Vogel. Probablemente suficiente para garantizar una vida más que decente a muchas generaciones futuras de Kastner. Podrían haberse permitido más de un lujo, o incluso decidir comprar una casa más grande, más bonita. En cambio, prefirieron no modificar su tren de vida. El agente especial no acababa de entender cómo se podía renunciar tan fácilmente a una prosperidad inesperada. Con todo, tomó nota de ello y con la cabeza todavía inclinada sobre la libretita preguntó:

—No han recibido ninguna petición de dinero, por tanto excluiría un secuestro para extorsionarlos. Pero ¿han recibido amenazas en el pasado? ¿Hay alguien (incluso un familiar o un conocido) que pueda tenerles envidia, esté resentido con vosotros o les guarde rencor?

Los Kastner parecieron sorprendidos por esas preguntas.

—No, nadie —dijo en seguida la mujer—. Sólo nos relacionamos con los miembros de nuestra congregación.

Vogel reflexionó sobre lo que la última frase daba por supuesto: los Kastner estaban ingenuamente convencidos de que en su congregación no había espacio para los conflictos. Por otra parte, él no había dudado en ningún momento de que ésa iba a ser precisamente la respuesta. Antes de poner un pie en su casa, lo había puesto en su vida, informándose de todo lo que había que saber sobre ellos.

Por lo general, la opinión pública se quedaba en las apariencias. Por eso, cuando sucedía algo anómalo, como la desaparición de una niña sencilla y bien educada, y cuando eso ocurría en un contexto familiar sano, la tendencia común era pensar que el mal procedía de

fuera. Pero los policías expertos como él siempre tenían ciertas reservas a la hora de iniciar una investigación externa, porque en muchísimos casos la explicación se escondía básicamente –y de manera atroz– en los propios hogares. Se las había tenido que ver con padres que abusaban de sus hijas y con madres que, en vez de protegerlas, habían tratado a sus niñas como peligrosas rivales. Además, para asegurarse una vida tranquila, los padres llegaban a la conclusión de que la mejor solución para salvar su matrimonio era deshacerse de la sangre de su propia sangre. Una vez incluso se encontró con el caso de una esposa que, tras descubrir el acoso, prefirió encubrir a su marido y evitar así su vergüenza asesinando ella misma a su hija y haciéndola desaparecer. En una palabra, el repertorio de crueldad era de lo más variopinto e imaginativo.

Los Kastner parecían gente de bien.

Él era transportista e, incluso después de la inesperada fortuna recibida, no había dejado de dar el callo en el trabajo. Ella era una modesta ama de casa dedicada por completo a su familia y a sus hijos. Además, ambos cultivaban una ferviente y convencida fe.

Pero nunca se sabía.

Vogel fingió estar satisfecho.

–Me parece que ya hemos terminado, por ahora. –A continuación, el agente especial se levantó del sillón e inmediatamente Borghi, que había permanecido en silencio todo el tiempo, hizo lo mismo–. Gracias por el café... y por esto –dijo, agitando el diario de Anna Lou–. Estoy seguro de que nos será de gran ayuda.

Los Kastner acompañaron a los dos agentes a la

puerta. Vogel echó de nuevo un vistazo a los niños que jugaban tranquilamente junto al árbol de Navidad. Se preguntó qué clase de recuerdo de todo aquello les quedaría impreso en su memoria de adultos. Tal vez estuvieran a tiempo de salvarse del horror. Pero el paquete con el lazo rojo todavía intacto que esperaba a Anna Lou le decía que siempre habría algo que les recordaría la tragedia que se había abatido sobre su familia. Porque no había nada peor que un regalo que no llegaba a su destinatario. La felicidad que contiene se va pudriendo lentamente y lo corrompe todo a su alrededor.

En ese momento, el agente especial se percató de que el silencio entre ellos se había prolongado demasiado, de modo que se dirigió a Borghi.

—¿Puede esperarme en el coche, por favor?

—Sí, señor —dijo el diligente policía.

Una vez a solas con los Kastner, Vogel habló con un tono nuevo, afectuoso, como si realmente le importara «la situación».

—Quiero ser franco —dijo—. Los medios de comunicación han olido la historia, dentro de poco llegarán en masa... A veces a los periodistas se les da mejor que a la policía destapar noticias, y no siempre lo que acaba en televisión tiene relación con la investigación. Por tanto, si tienen algo que decir, «cualquier cosa»... Éste es el momento de hacerlo.

Siguió un silencio que Vogel hizo durar más de lo necesario. Ya estaba hecho, ése era el trato. En realidad, el consejo contenía una advertencia: «Sé que tenéis secretos, todo el mundo los tiene. Pero vuestros secretos ahora me pertenecen».

–Bien –dijo finalmente el agente especial, rompiendo el silencio para sacarlos del apuro–. He visto que han hecho imprimir unas octavillas con la foto de su hija; ha sido una buena idea, pero no es suficiente. Hasta el momento se ha ocupado del asunto la prensa local, pero ahora habrá que dar algún paso más. Por ejemplo, sería útil hacer un llamamiento público. ¿Se ven capaces?

El matrimonio se miró, consultándose sólo con la mirada. A continuación, la madre de Anna Lou dio un paso adelante, se sacó la pulsera de perlitas que le había hecho su hija, cogió la mano derecha de Vogel y se la puso en la muñeca, como en una solemne investidura.

–Haremos todo lo necesario por ayudar, agente Vogel. Pero usted tráigala de vuelta a casa.

Mientras esperaba dentro del coche oficial, Borghi estaba hablando por el móvil.

–No sé cuánto tiempo más va a llevarnos, me lo ha pedido él –explicaba a uno de los agentes que llevaban más de una hora esperando a que empezara la sesión informativa programada–. Yo también tengo familia. Tranquilízalos y asegúrales que nadie se perderá la comida de Navidad. –La verdad es que temía estar haciendo una promesa arriesgada porque no tenía idea de lo que podía ocurrírsele a Vogel. Sabía lo estrictamente necesario y esa mañana se había limitado a hacer de chófer.

La noche anterior, su inmediato superior le comunicó que a la mañana siguiente debía presentarse en Avechot para acompañar al agente especial Vogel en la investigación de la desaparición de una menor. Seguidamen-

te le entregó el escuálido expediente del caso y concluyó con unas extrañas recomendaciones: que se presentara con traje oscuro, americana y corbata a las ocho y media en punto en la cafetería de la salida del pueblecito alpino.

Borghgi, evidentemente, había oído muchos rumores sobre Vogel y sus excentricidades. En televisión hablaban a menudo de él y de sus casos, y lo habían invitado varias veces a programas dedicados a la crónica de sucesos. Periódicos y telediarios se disputaban sus entrevistas. Vogel siempre se sentía a gusto frente a las cámaras, como un actor consumado capaz de improvisar una actuación en cada ocasión, seguro de conseguir el éxito.

Y también estaban las historias que se contaban en el cuerpo de policía y que lo describían como un tipo puntilloso, fanático del control, únicamente preocupado por cómo quedar bien en pantalla y tan egocéntrico que eclipsaba a cualquiera que tuviese cerca.

Pero últimamente las cosas no le habían salido del todo bien al agente Vogel. Un caso en concreto lo había puesto en entredicho. En la policía, había quien se alegraba, pero Borghgi, quizá demasiado ingenuamente, consideraba que había mucho que aprender de un poli como él. Al fin y al cabo, era un novato y sin duda esa experiencia no le haría ningún daño.

Sólo que Vogel siempre se había ocupado de crímenes espectaculares, delitos atroces y con un fuerte impacto emocional. Y se decía que siempre escogía con atención sus casos.

Por eso ahora Borghgi se preguntaba qué había visto de extraordinario el agente especial en la desaparición de una niña.

Si bien encontraba comprensibles los temores de los padres de Anna Lou y también creía realmente que podía haberle ocurrido algo malo, no veía que se tratara de un caso mediático. Y, por lo general, eran precisamente ésos los que interesaban a Vogel.

—Llegaremos en seguida —aseguró a su interlocutor sólo para terminar la llamada. Y en ese instante se fijó en la furgoneta negra aparcada al final de la calle.

Iban en ella dos hombres que observaban la casa de los Kastner sin dirigirse la palabra.

El agente tenía intención de bajar del coche e ir a ver, pero entonces su superior salió de la casa y recorrió el sendero en su dirección. Luego se dio cuenta de que Vogel aflojaba el paso. A continuación, el agente especial hizo algo sin sentido.

Empezó a aplaudir.

Primero despacio, después cada vez más fuerte. Y mientras tanto miraba a su alrededor. El sonido se propagaba fácilmente con el eco y empezaron a aparecer rostros en las ventanas de las casas vecinas: una mujer mayor, un matrimonio con sus hijos, un hombre gordo y un ama de casa con bigudíes en la cabeza. Poco a poco se fueron añadiendo otras miradas. Asistían a la escena sin entender nada.

Entonces Vogel dejó de dar palmadas.

Miró una última vez a su alrededor, mientras seguía siendo observado; a continuación se puso a caminar de nuevo como si nada y subió al coche. A Borghi le hubiera gustado preguntar a su superior los motivos de ese extraño comportamiento; sin embargo, una vez más, fue el otro quien habló.

–¿Qué ha observado en esa casa, agente Borghi?

El joven policía no necesitó pensárselo.

–Marido y mujer han estado cogidos de la mano durante todo el tiempo, parecían muy unidos... Pero sólo ha hablado ella.

El agente especial asintió, mirando más allá del parabrisas.

–Ese hombre se muere de ganas de decirnos algo.

Borghi no hizo ningún comentario. Arrancó el coche, olvidándose del aplauso y de la furgoneta negra.

La comisaría de policía era demasiado pequeña y angosta para lo que Vogel tenía *in mente*. El agente especial había pedido un sitio más apropiado para la investigación. Así pues, el gimnasio del colegio haría las veces de sala de operaciones para la búsqueda de la chica.

Las colchonetas y los aparatos que se utilizaban para los ejercicios de gimnasia habían sido retirados hacia una de las paredes. La gran cesta con las pelotas de vóley yacía olvidada en un rincón. Alguien había cogido de las aulas algunas de las mesas de los profesores para usarlas como escritorio, otra persona había buscado sillas plegables de jardín. Había dos portátiles y un PC proporcionados por la biblioteca, pero un solo teléfono conectado a una línea exterior. Se había colocado una pizarra bajo una de las canastas de la pista de baloncesto, sobre la superficie negra habían escrito con tiza: «Resultados del caso». En la parte de abajo estaban pegados los elementos recopilados hasta ese momento: la misma foto de Anna Lou que

aparecía en las octavillas impresas por la familia y un mapa del valle.

En ese momento, en el local resonaba el parloteo de un reducido grupo de policías de Avechot vestidos de paisano, reunidos en torno a una máquina de café y una bandeja de pastas. Hablaban con la boca llena y seguían mirando la hora, exasperados. Con aquel murmullo, el tema de las conversaciones era indescifrable, pero por sus expresiones se deducía que todos se quejaban de lo mismo.

El golpe sordo y repentino provocado por la apertura simultánea de las dos hojas de una puerta cortafuegos hizo que todos se volvieran. Vogel irrumpió en el gimnasio seguido de Borghi y el vocerío se apagó. La puerta volvió a cerrarse con un ruido seco a la espalda del agente especial y en el recinto sólo se oyeron los pasos definidos y un poco chirriantes de sus zapatos de piel.

Sin saludar ni dirigir la mirada a nadie, Vogel se aproximó a la pizarra, bajo la canasta. Miró un instante los «resultados del caso», como si los estuviera estudiando atentamente. Luego, con un gesto repentino, borró con una mano el título y arrancó la foto y el mapa.

Seguidamente escribió una fecha con tiza: 23 de diciembre.

Se volvió hacia el reducido auditorio.

—Han pasado casi dos días desde la desaparición —empezó a decir—. En un caso de desaparición el tiempo es nuestro enemigo, pero también puede ser un aliado; depende de nosotros. Tenemos que aprovecharlo bien, por eso es necesario hacer el primer movimiento. —Se concedió una pausa—. Quiero puestos de control en la

nacional, que vigilen los dos accesos al valle –dijo con contundencia–. No tienen que detener a nadie, pero debemos enviar una señal.

Los presentes escucharon en silencio. Borghi se había situado algo apartado y los observaba apoyado en una pared.

–La cámara de la gasolinera y la de control de tráfico: ¿alguien ha comprobado si funcionan? –preguntó Vogel.

Tras unos instantes de titubeo, uno de los policías, un tipo con una barriga prominente que llevaba una camisa de cuadros y una corbata azul, levantó la taza de café que tenía en la mano para pedir la palabra. Estaba cohibido.

–Sí, señor, hemos obtenido las imágenes de las horas en torno a la desaparición.

–Bien –se alegró Vogel–. Identifiquen a los conductores de sexo masculino de los coches que transitaron por allí y comprueben los motivos por los cuales entraban o salían del valle. Concéntrense en los que tengan un pasado violento o que cuenten con antecedentes.

Desde su privilegiado punto de observación, Borghi pudo notar el descontento de los hombres.

Intervino un segundo agente, mayor y por ese motivo seguro de poder permitirse una crítica.

–Señor, somos pocos, no tenemos recursos y además no hay fondos para las horas extras. –Hubo una especie de murmullo de aprobación por parte de los demás.

Vogel no se inmutó, observó las mesas aprovechadas, la escasez de medios que los hacía parecer ridículos. No podía reprobar el hecho de que esos hombres fueran es-

cépticos y estuvieran desmotivados. Pero tampoco podía permitir que hubiera ninguna excusa. De modo que objetó en tono calmado:

–Ya sé que ahora os gustaría estar en casa celebrando la Navidad con vuestra familia, y que me ven a mí y al agente Borghi como a dos extraños llegados aquí para dar órdenes. Pero cuando esta historia haya terminado, nosotros dos, Borghi y yo, podremos regresar al sitio de donde venimos. En cambio, vosotros... –Los miró rápidamente uno a uno–. Vosotros tendréis que seguir encontrándose por la calle a los padres de esa chica.

Siguió un breve silencio. Después, el policía más veterano volvió a intervenir. Esta vez sin altanería.

–Señor, perdone la pregunta: ¿por qué debemos buscar a un hombre si ha desaparecido una chica? ¿No deberíamos centrarnos en ella?

–Porque alguien se la ha llevado.

Como era de prever, la frase se cernió sobre el auditorio como una deflagración, congelando cualquier observación. Vogel escrutó los rostros de los presentes. Cualquier policía dotado de sentido común habría considerado esa afirmación como un disparate de la investigación. No había pruebas que apoyaran tal suposición, ni siquiera un débil indicio. Era una acusación dirigida a la nada. Pero para Vogel era suficiente con que la idea de que era «posible» germinara en sus mentes. Bastaba una semilla de posibilidad para que en poco tiempo creciera la certeza. Estaba seguro de que si lograba persuadir a esos hombres, entonces sería capaz de convencer a cualquiera. Allí se lo jugaba todo. No en una verdadera sala de operaciones equipada para

una unidad de crisis, sino en el gimnasio de un colegio. No con profesionales forjados por años de experiencia sobre el terreno, sino con unos polis locales mal equipados y que no tenían ni idea de cómo llevar adelante una investigación compleja. Y en esos pocos minutos se jugaba el destino del caso y tal vez también el de una niña de dieciséis años. Por eso Vogel empezó a esgrimir todos los trucos que había ido aprendiendo, con el objeto de vender su producto.

–Es inútil darle más vueltas –prosiguió el agente especial–. Tenemos que llamar a las cosas por su nombre. Porque, como ya he dicho, todo lo demás sólo nos hace perder el tiempo. Y ese tiempo pertenece a Anna Lou, no a nosotros... –A continuación extrajo del bolsillo del abrigo la libretita negra, la abrió con un gesto seco de la muñeca y consultó los apuntes–. Son casi las cinco de la tarde del veintitrés de diciembre. Anna Lou Kastner sale para acudir a una reunión en la iglesia, que dista más o menos trescientos metros de su casa. –Vogel se volvió para dibujar dos puntos en la pizarra bien separados–. Sabemos que nunca llegó. Pero la chica no es de las que se escapan. Nos lo dicen cuantos la conocen, y nos lo confirma su estilo de vida: nada de Internet en casa, ningún perfil en las redes sociales, y sólo tenía cinco números en la agenda del móvil. –Contó con los dedos–: Mamá, papá, casa, casa de los abuelos y parroquia. –Se volvió de nuevo hacia la pizarra y unió con una línea los dos puntos que había dibujado con anterioridad–. Todas las respuestas están en estos trescientos metros. Aquí viven otras once familias: cuarenta y seis personas de las cuales treinta y dos estaban

en casa en ese momento..., pero nadie vio ni oyó nada. Las cámaras de los sistemas de videovigilancia enfocan hacia el interior de las propiedades, nunca hacia la calle, por lo tanto no sirven. ¿Cómo se dice? «Primero son mis dientes que mis parientes». –Volvió a guardarse la libretita negra en el bolsillo–. El raptor ha estudiado las costumbres del barrio, sabía cómo pasar desapercibido. El hecho de que sólo podamos hacer hipótesis sobre su existencia nos indica que ha preparado bien la partida antes de empezar a jugar... Y que va ganando.

Vogel dejó la tiza en su sitio, se sacudió las manos para quitarse el polvo, y a continuación se puso a escrutar al auditorio, intentando saber si el concepto que acababa de exponer había hecho mella. Sí, así era. Les había planteado una duda. Pero todavía había hecho más: les había ofrecido una motivación para que se implicaran. De ahora en adelante podría manejarlos con facilidad y ninguno volvería a poner en entredicho una sola palabra de sus órdenes.

–Bien, recuerden: la pregunta ya no es sólo dónde está Anna Lou en este momento. La verdadera pregunta es «con quién está» –concluyó el agente especial–. Y ahora pongámonos a trabajar.

Borghi se refugió sin comer en la pequeña habitación de hotel que había reservado por la tarde, al lado de la del agente especial Vogel. Estaba seguro de que no habría sitio el día de Navidad. Pero aunque era uno de los últimos establecimientos turísticos del valle todavía abierto, el hotel Fiori delle Alpi estaba prácticamente vacío. El

resto de las residencias y albergues habían cerrado sus puertas tras la creación de la mina de fluorita. En un primer momento, Borghi se preguntó por qué no habían sido convertidos en alojamientos para los empleados de la multinacional, pero luego el portero les explicó que casi todos los trabajadores eran del mismo pueblo, mientras que los directivos de la compañía iban y venían en sus helicópteros y nunca se quedaban demasiado tiempo.

Avechot tenía apenas tres mil habitantes; la mitad de la mano de obra masculina estaba empleada en la gran planta de extracción que dominaba el valle.

Lo primero que hizo el agente Borghi al entrar en su habitación fue quitarse los zapatos de piel y la corbata. Había pasado mucho frío durante todo el día con esa ropa. Normalmente se ponía el traje cuando debía ir a testificar al juzgado. No estaba acostumbrado a llevarlo durante tantas horas. Esperó a que la temperatura de su cuerpo se pusiera en consonancia con la de la habitación y después se quitó también la americana y la camisa. Tenía que lavarla y tenderla en la ducha y esperar a que se secara para el día siguiente porque su mujer se había olvidado de ponerle una de recambio cuando le preparó la maleta. Caroline estaba muy distraída últimamente. Llevaban casados poco más de un año y ella estaba en el séptimo mes de embarazo.

Es duro explicarle a una joven esposa que espera un bebé por qué no puedes pasar con ella el día de Navidad, aunque el motivo sea algo ineludible como tu trabajo de poli.

Borghi la llamó mientras ponía la camisa en remojo en el lavabo del baño. Fue una llamada bastante rápida.

–Y bien, ¿qué está pasando en Avechot? –preguntó ella, molesta.

–En realidad, todavía no lo sabemos.

–Pues ya podrían dejarte el día libre.

Era evidente que Caroline quería pelea. Era exasperante tratar con ella cuando se comportaba así.

–Ya te lo he dicho, es importante que esté aquí, para mi carrera. –Intentaba ser conciliador, pero era difícil. Entonces lo distrajeron las voces que procedían del televisor encendido en la habitación–. Perdona, ahora tengo que irme. Han llamado a la puerta –mintió. Y colgó antes de que Caroline empezara de nuevo con sus lloriqueos. Fue rápidamente a ver las imágenes que transmitía el telediario.

La noche del día de Navidad, cuando la gente había acabado de celebrarlo y se disponía a poner fin a un largo día, aparecieron en televisión los padres de Anna Lou.

Estaban sentados el uno junto al otro detrás de una mesa rectangular situada sobre un pequeño púlpito. Llevaban chaquetones de nieve que de repente les quedaban demasiado anchos, como si la ansiedad de las últimas horas los hubiera consumido desde lo más profundo. De hecho, tenían un aspecto abatido y no dejaron en ningún momento de cogerse de la mano.

Borghi reconoció el llamamiento que un técnico de una televisión local había grabado bajo la supervisión de Vogel esa misma tarde. Él también estuvo presente, pero encontrarse con la misma escena en la pequeña pantalla le suscitó una sensación extraña. Borghi no sabía explicarla.

Bruno Kastner mostraba al objetivo de la cámara una foto enmarcada de su hija, sacada al final de una ceremonia religiosa en la que Anna Lou llevaba una inmaculada túnica blanca y un crucifijo de madera encima. Su mujer, Maria, con el mismo crucifijo al cuello, leía un comunicado: «Anna Lou mide un metro sesenta y siete, es pelirroja y lleva el pelo largo, normalmente recogido en una coleta. En el momento de la desaparición, Anna Lou vestía un chándal gris, zapatillas de deporte y un anorak blanco. También llevaba una pequeña mochila de colores». A continuación, después de recuperar el aliento, la mujer miró directamente a cámara, como si se dirigiera a todos los padres que la estaban escuchando, pero también, quizá, a quien pudiera saber la verdad. «Nuestra hija Anna Lou es una buena chica, quienes la conocen saben que tiene un gran corazón: le gustan los gatos y confía en las personas. Por eso hoy también nos dirigimos a quienes no la han conocido en sus primeros dieciséis años de vida: si alguien la ha visto o sabe dónde se encuentra, ayúdenos a que vuelva a casa». Para finalizar le habló a su hija, como si, en algún lugar desconocido y lejano, pudiera realmente escucharla: «Anna Lou..., mamá, papá y tus hermanos te queremos. Estés donde estés, espero que te llegue nuestra voz y nuestro amor. Y cuando vuelvas a casa, te regalaremos el gatito que tanto deseas, Anna Lou, te lo prometo... Que el Señor te proteja, pequeña mía».

Había repetido varias veces el nombre de su hija, pensó Borghi. Aunque no era necesario. Tal vez porque también temía perder lo último que le quedaba de Anna Lou.

En ese momento, una niña sencilla y anónima que nunca se hubiera imaginado que un día saldría en televisión y también un pequeño pueblo de los Alpes llamado Avechot empezaban a ser tristemente famosos. Al final Borghi identificó la sensación que había tenido un rato antes, cuando se puso a mirar como si fuera la primera vez una escena que ya había visto.

Era el efecto de la televisión. Era como si allí las palabras, los gestos, asumieran una nueva dimensión.

Hubo un tiempo en que la televisión se limitaba a replantear la realidad, ahora era la artífice del proceso inverso. La volvía tangible, consistente.

La creaba.

Sin saber por qué, Borghi también recordó las palabras que dijo Vogel después del extraño aplauso fuera de la casa de los Kastner, una vez que subió al coche, referentes al padre de Anna Lou.

«Ese hombre se muere de ganas de decirnos algo.»

Borghi estaba a punto de convertirse en padre de una niña. El hombre sobre el que Vogel había hecho caer una sombra siniestra llevaba más de cuarenta y ocho horas sin saber qué le había pasado a su niña. Al agente le asaltó una ansiedad repentina. Se vio obligado a preguntarse si el mundo que le esperaba a su hija era realmente tan cruel.

Antes de medianoche, la vivienda de los Kastner estaba silenciosa. Pero ese silencio no tenía nada que ver con la paz, sino que ponía en evidencia el vacío que se había instalado en esa casa desde hacía más de cuarenta y

ocho horas. La ausencia de Anna Lou era ahora palpable. Su padre ya no podía ignorarla como había hecho durante todo el día, evitando mirar los sitios que solía ocupar su hija, como su silla en la mesa o el sillón en el que le gustaba acurrucarse por la noche para leer un libro o ver la tele, o la puerta de su habitación. Y había colmado la ausencia de su voz con otros sonidos. Por ejemplo, cuando se le hacía insoportable el sufrimiento de no oírla hablar, reír o canturrear, Bruno Kastner movía un objeto, de manera que el ruido llenara el vacío dejado por Anna Lou y lo distrajera de ese atroz silencio.

El doctor Flores había prescrito a Maria unos tranquilizantes para dormir. Bruno se aseguró de que los tomara; después fue a arropar a los gemelos y se quedó en la puerta de su cuarto para velar un rato su intranquilo sueño. Los niños estaban aguantando, aunque por sus sueños se evidenciaba que ellos también estaban inquietos. Se habían pasado todo el día haciendo preguntas de manera despreocupada, conformándose con breves respuestas evasivas. Pero la aparente indiferencia ocultaba el miedo a saber la verdad. Una verdad para la que a los siete años no se está preparado.

Ni siquiera Bruno Kastner sabía cuál era; sólo sabía que le aterrorizaba.

El hombre se sentó a la mesa del comedor. Iba una vez más en zapatillas y pijama. Después de la visita de los dos agentes de policía, se vistió para salir, sin saber exactamente adónde ir. Encontró consuelo en la rutina de su trabajo de transportista, de manera que se pasó las horas siguientes dentro de su furgoneta, dando vueltas por

carreteras de montaña sin ninguna meta. Buscaba una señal de Anna Lou, cualquier cosa. En realidad, también estaba escapando de su propia ansiedad y del sentimiento de impotencia que sólo puede tener un padre que sabe que no ha cuidado de sus seres queridos como debiera.

Ahora, al finalizar ese interminable día, a pesar de sentirse muy cansado, no estaba seguro de poder dormir. Tenía miedo de los sueños que le esperaban. No podía tomarse un somnífero porque alguien debía seguir protegiendo su casa, su familia. Aunque quizá fuera inútil, ya que el mal había encontrado de todos modos la manera de entrar. Y también cabía la inesperada posibilidad de que Anna Lou volviera o que recibieran una llamada que los liberara de ese maléfico sortilegio.

De modo que se dirigió al salón y cogió del cajón de un mueble los álbumes con las fotos familiares que Maria había reunido con amor durante esos años. Se los llevó al comedor. Se sentó a la mesa, pero no encendió la luz, le bastaba con la que se filtraba por la ventana, proyectada desde una farola de la calle. Empezó a sacar las imágenes de sus compartimentos y a ponerlas encima de la mesa, de una en una, siguiendo un orden que sólo él sabía, como un cartomántico que pretende adivinar el futuro por las figuras que tiene delante.

En esas fotos salía su niña, desde que era muy pequeña.

Anna Lou empezó a crecer delante de sus ojos. El día que empezó a gatear, cuando aprendió a andar, cuando le enseñó a montar en bicicleta. Había una serie de primeras veces. El primer día de colegio, el primer cumpleaños. La primera Navidad. Y muchos otros momen-

tos repartidos en el tiempo. Otras Navidades, excursiones a la montaña, competiciones de patinaje. Una retrospectiva de recuerdos felices. «Porque –hasta parecía una tontería pensarlo– la gente no saca fotos de los malos momentos. Y si lo hiciera, seguro que no las guardaría», reflexionó el hombre.

Estaban las imágenes de las últimas vacaciones todos juntos, el año anterior, cuando fueron a la costa. Anna Lou en bañador resultaba cómica y un poco desgarbada, y ella lo sabía. Tal vez por eso siempre se quedaba apartada al hacer las fotos. A diferencia de muchas chicas de su edad, todavía no había florecido. Parecía una niña, con su coleta pelirroja y las pecas. A Bruno Kastner le hubiera gustado que Maria hablase con ella, que le explicara que era normal y que un día su cuerpo experimentaría una repentina y feliz transformación. Pero para su mujer, religiosa como era, temas como el sexo o la pubertad representaban un tabú. Y, por supuesto, no podía hacerlo él. Le tocaría con los gemelos, algún día. Pero esa charla no era algo que un padre pudiera afrontar con su única hija. Le habría supuesto una vergüenza mortal, Anna Lou se habría ruborizado de golpe y, sabiendo que tenía las mejillas encendidas y que no podía evitarlo, todavía se habría sentido más expuesta y vulnerable.

Su hija era como él, tímida y un poco torpe a la hora de relacionarse con el resto del mundo. Incluida su familia.

A Bruno le habría gustado darle más. Por ejemplo, emplear parte del dinero obtenido con la venta del terreno a la compañía minera para enviarla a estudiar fuera del valle. Quizá a un buen colegio privado. Pero el te-

rreno era de su mujer y, por lo tanto, también el dinero. Y Maria, como siempre, había decidido por todos. No es que él fuera contrario a hacer un generoso donativo a la congregación, pero le habría gustado que sus hijos pudieran disponer de su parte ahora y no en un hipotético futuro.

Porque Bruno Kastner no sabía si, por ejemplo, Anna Lou iba a tener un futuro.

Apartó molesto ese pensamiento. Deseaba dar un puñetazo a la mesa. Era lo suficientemente fuerte como para partirla en dos. Pero se contuvo. Llevaba toda la vida conteniéndose.

Se frotó los ojos y cuando volvió a abrirlos se detuvo en una foto en particular. Era bastante reciente. Su hija sonreía junto a otra chica. La comparación ponía en evidencia de manera despiadada que Anna Lou, con el chándal y las zapatillas de deporte y el pelo rojo recogido con la acostumbrada coleta, parecía una niña. En cambio, su amiga iba maquillada, vestida a la moda y, básicamente, parecía toda una mujer. Al fijarse mejor, Bruno Kastner hubiera querido llorar, pero no le salía.

Lo que había ocurrido era culpa suya, sólo suya.

Era un hombre de fe, aunque no tan sólida como la de Maria, y se sentía enormemente culpable por ello. Pero si hubiera tenido la fuerza para imponerse ante su mujer, ahora Anna Lou estaría a salvo en la habitación de un colegio o quizá en otra parte. Si hubiera tenido el valor de decirle realmente a Maria lo que pensaba y hacer prevalecer su opinión, su hija no habría desaparecido.

En cambio, se había callado. Porque eso es lo que hacen los pecadores: se callan y, al callarse, mienten.

Bruno Kastner se dictó sentencia a sí mismo. Volvió a poner en su sitio casi todas las fotografías, guardó los álbumes y se dispuso a afrontar su tercera noche insomne.

Ahora sólo había una foto sobre la mesa. La de Anna Lou con su amiga.

Se la metió en el bolsillo.